

—¿ Por qué?

—¿ Qué calor podré prestar á tu pecho enardecido si mi forma, con ser la de hermosura más verdadera, no tiene nada de tangible ni de humano? ¿ Cómo pagar tus suspiros con suspiros, si mi elemento vital no es el aire que tú respiras, sino las serenas auras de lo invisible? Ni en tus brazos me podrías estrechar, ni aprisionar mis manos, ni besar mi rostro. Sólo podrás rendirme culto con la imaginación.

—Entonces, si tú eres el verdadero amor, como presiento, eres el más cruel y el más egoísta... pides pasión, idolatría, culto eterno, y lo pagas con silencio, alejamiento é insensibilidad absoluta.

—Adiós—repuso la sin piedad, retrocediendo de ante mí.

—Espera, espera... Mira que dejar de amarte no puedo, pues ya has aprisionado mi alma con vínculos secretos, pero invencibles; y dejarme solo es abandonarme á la desesperación: ¡la más horrible de las muertes!...

Ni una palabra contestó, inmutable y soberana, más hermosa, más cándida y más deseable que nunca, por el amor puro y magnífico con que brindaba... alejóse de mí hasta que la perdí de vista.

Después... todo quedó en sombra. Volví los ojos hacia el mundo, y suspirando repuse:

—¡ Otra vez luchar!... ¡ Otra vez condenado á buscar el amor en la mujer, llevando tras de mí, como sombra de mi alma, el presentimiento de la desilusión!



LAS ALAS ROTAS



I
Mea culpa

BIEN me conoces, querida Fernanda: bien sabes que no soy vanidosa, sino, por el contrario, demasiado sencilla; y digo demasiado, porque esta misma virtud es mi defecto capital. Lo confieso ingenuamente, Fernanda; yo quisiera algunas veces ser menos buena, con tal de ser más lista para algunas cosas. Pensando en esto, adivino una contradicción, que me infunde pavor y profunda pena: que para prosperar en el mundo, parece necesario muchas veces dejar de ser bueno y sencillo.

Pero vamos á cuentas, querida Fernanda. Me acusas de reservada para contigo. No sé cómo, hallándonos separadas, has adivinado que me pasaba algo durante los últimos meses: que estaba enamorada. Nada te he escrito que, ni por asomo, pudiera delatar mi secreto.

¡Qué perspicacia la tuya! Todo ha sido como presumiste: he andado enamorada, y te lo he ocultado neciamente. Neciamente, sí, porque yo no sé en qué consiste; pero no hay hipocresía más redomada que la de un corazón enamorado. De todo el mundo se tapa, de todos se esconde. Perdóname, mi buena Fernanda. Aunque tarde, ahí va *mon roman*. *Le roman* de tu querida Manuela, y con ella su arrepentimiento, *su mea culpa*. Me pesa mucho, créeme; me pesa en el alma no habértelo contado todo antes; pues quizá tu talento, tu buen sentido, me hubiesen aconsejado de tal suerte, que hoy fuera yo dichosa en lugar de infeliz. Pero en el pecado va la penitencia.

II

ÉI

PA sabes que el verano último lo pasamos en la Granja. Allí estuvimos bien y divertidos. Un señor amigo de papá, que se dedica á coleccionar mariposas, me regaló un capullito de mariposa, previniéndome que en la primavera de este año, si tenía el cuidado de poner el capullo dentro de una caja, cerrada por un cristal, podría ver salir de su capullo al hermoso insecto. Prometí hacerlo así, y me propuse conservar la mariposita atravesada en un alfiler. Asómbrate, Fernanda; antes de venir al mundo ya decretaba yo la muerte de aquel pobre animalito, cuya única culpa consistiría en nacer bello por voluntad de la Naturaleza. ¿Por qué somos tan cruelmente egoístas los racionales?

Mas todo esto no viene al caso. En el viaje de regreso nos unimos en Villalba con mi prima María, que venía también á Madrid con su papá. Traían por compañero de viaje á un joven alto, rubio, distinguido, sencillo y de buen talento, según pude apreciar desde que le oí discurrir con amenidad y singular discernimiento sobre los diversos motivos que se ofrecieron en la conversación. María me presentó á él, nombrándole Andrés Martín. María lo había conocido en San

Sebastián, de donde venían. Hallé á Andrés de semblante dulce y serio á la par, ojos azules de sereno mirar, y barba rubia muy aseada; su vestir, pulcro y elegante; sus maneras, desenvueltas, sin acusar descaro ni llaneza de mala educación. Pero lo que más me encantó de él fué su espontáneo é ingenioso lenguaje. Para todo tenía un chiste oportunísimo, observación juiciosa ú objeción precisa; á todo respondía en el tono más acomodado al caso y á la circunstancia. Con tal interlocutor, no sabes qué agradable fué la conversación sobre muchas cosas y sobre nada, con la cual entretuvimos las dos horas escasas que empleó la perezosa locomotora en traernos á la Corte.

Después supe por María que el joven Martín era un matemático de nota, que tenía veinticuatro años y que pertenecía á una excelente familia. Comenzaron las veladas en casa de María, y allí empecé á ver, con bastante frecuencia, á Andrés.

III

Yo

Comenzaron á operarse en mí singulares é inauditos fenómenos. Me dió por leer novelas en que hubiese amores dulces y poéticos. Me hice cavilosa y pensativa, sin que hubiese cuestión alguna cuya resolución pendiera de mis meditaciones, pues sobre nada fijo pensaba, siendo el curso más frecuente de mi discurrir la casa de María, las partiditas de tresillo que allí jugábamos, ó las más divertidas de lotería, en las cuales yo solía formar *compañía* con Andrés. ¿Qué más te diré, Fernanda? ¡Ah! sí. Que aquel otoño me pareció más poético el Retiro, más melancólico el caer de la hoja, más hermoso el cielo, sobre todo cuando el sol vespertino incendiaba las nubes desde el horizonte; y que en todo mi sér fué extendiéndose, de grado en grado, cierto abandono ó laxitud, de que yo no supe darme cuenta precisa; y que inconscientemente sentí aburrimiento de muchas cosas; y que mi memoria fuése haciendo más torpe cada día; y que en mi espíritu se hizo perceptible una volubilidad, una especie de zozobra, no sé el qué, muy nuevo en mí; y que me hice excesivamente impaciente; y que mi sueño era intranquilo, pues extrañas pesadillas me robaban el reposo; y que perdí las ganas de comer; y que me

quedaba algunos ratos suspensa y como adormecida, dejando caer sobre la falda la costura, de cuyos paréntesis solía sacarme mi madre preguntándome por qué suspiraba; y, en fin, que todo cuanto me rodeaba fué quedando como olvidado, fué perdiendo atractivo y concentrándose todo mi ser en casa de María, y especialmente en Andrés. Así transcurrió el otoño, hasta que una noche...

IV

La Noche-Buena

Hué la misma noche del 24 de Diciembre: ¡harto impresa se halla en mi memoria! Comimos en casa de María, y Andrés Martín también comió allí. No sabes qué decidior, qué ingenioso estuvo durante la velada. Él animó á todos, él brindó por que cuantos había presentes celebraran la Noche-Buena del año próximo y las sucesivas durante dilatados tiempos de felicidad.

—¡Qué contento está usted esta noche, Andrés!—le dije.—Oyéndole á usted, bien podemos decir que celebramos la *Noche-Buena*.

—Pues ahí tiene usted lo que son las cosas—contestó;—para mí no sería *noche buena*, si no me encontrara con ustedes.

—Sí, usted es el alegre y quien nos divierte—le repliqué.

—Es que yo me asemejo en este momento á los planetas, cuya luz no es propia, sino reflejada del sol. ¿Me entiende usted?—repuso sonriéndose y mirándome con fijeza.

—Sí—murmuré, ocultando cierta emoción que comenzaba á embargar mi espíritu. Y añadió:—¿Y puede saberse qué sol irradia sobre usted tanta alegría?

—Unos ojos—contestó en voz callada.

—De mujer—afirmé yo riendo.

—De ángel—me contestó con misterio, y se apartó de mí.

Nada más hablamos de particular durante la noche. Pero busqué sus ojos, y había en él tal movilidad, tal emoción, charlaba y gesticulaba con tal alboroto, que apenas si me miró. Dirigióse á todo el mundo, y muy especialmente á María, por ser con quien él tenía más confianza.

Y aquella noche, cuando volví á casa, cuando estuve sola en mi cuarto... ¡Ah, cómo lo recuerdo; qué grabado está en mi memoria! Estaba sentada sobre la cama, inmóvil, repasando cuanto había ocurrido durante la noche; y como si todo aquello fuera un sueño, del cual despertara, se alzaron dos voces consecutivas del fondo de mi corazón: «¡Le amo! ¡Me ama!» ¡Cuánto tiempo estuve abstraída en aquella revelación íntima, dulce y hermosa! ¡Hermosa como nada de cuanto en la vida me había parecido hermoso! ¡Qué emoción más suave; más grata, experimentó mi alma! ¡Ay, querida Fernanda, entonces sí que me acordé de ti, y deseé que me hubieras abrazado, y sobre tu seno haber vertido aquellas lágrimas de gozo que vertí sobre la almohada de mi lecho!...

Me acosté, después de dar gracias, por tanta ventura como sentía, á una Virgencita del Pilar que tengo en mi cuarto. Pero yo no sé si lo de aquella noche fué dormir. Aquella elocuencia muda de la imaginación ¿fantaseaba por sugerencias del sueño, ó estaba yo despierta, escuchándola, en un dulce paréntesis de toda sensación corpórea? No lo sé. Sólo sé que la Noche-Buena fué muy feliz para mí.

V

Mi espejo

AL día siguiente procuré estar sola, encerrada en mi cuarto, el mayor tiempo posible. Recordé cien veces lo pasado; lo bendije; con toda mi alma deseé ver á Andrés, y me aventuré por el campo de lo porvenir. ¡Qué feliz porvenir! No sé qué instinto secreto me llevó á recostarme sobre la cómoda y asomarme al espejo. Tú lo sabes: no soy presumida. Me contemplé. Hallé la suave blancura de mi rostro quebrantada por cierta palidez transparente, como un velo de sombra; hallé no sé qué languidez en mis labios rojos, entreabiertos, sin yo notarlo, para dejar paso á mis frecuentes suspiros; hallé mis azules ojos circuidos de moradas ojeras, llenos de luz, de ardor, relucientes, como si los bañasen abundantes lágrimas y sus pupilas encerrarán misterioso fuego. Y observé, además de todo esto, que en mis castaños cabellos había hebras doradas, que brillaban como la seda, y que mis facciones, menudas y dulces, tenían aún el candor de la infancia... Entonces me acordé de que Andrés me había llamado

ángel. Porque, indudablemente, se había dirigido á mi. Mis ojos eran los que le habían hechizado y le habían comunicado aquella alegría súbita y espontánea. Era á mí á quien amaba.

Te confesaré, Fernanda, que en el espejo me ví muy bonita. No me envanecí de ello, eso no; pero me halagó sobremanera verme enamorada y bonita.

VI

¡Cruel silencio!

HASTA la noche del día de Año Nuevo no volví á ver á Andrés, y cuidado que fui casi todas las noches. Él, según supe, había ido por las tardes. Observé en él algún cambio. No solamente había perdido aquella alegría y expansión que tanto atractivo le prestara en la noche de Navidad; no sólo estaba serio: estaba triste y taciturno. ¿Qué le pasaba? Yo adiviné que trataba de disimular. Sus apreciaciones festivas eran forzadas, y sin él notarlas caía frecuentemente en profunda meditación. Sorprendí cierto abandono y languidez en sus posturas y maneras. En el juego estuvo distraído y torpe, contra su costumbre. Cuidaba singularmente de esconder los ojos, en los cuales vislumbre algún ardor misterioso, como el que había en los míos; de manera que en vano busqué y perseguí sus miradas, y las dos ó tres veces que nuestros ojos se encontraron, él interpuso sus párpados bruscamente.

Juzga mis torturas, Fernanda. ¿Qué debía yo pensar? ¿Podía, al ver en él fenómenos tan iguales á los que yo experimentaba, dudar de su amor? Y si era evidente que me amaba, ¿qué detenía á aquel hom-

bre? ¿Por qué no me lo declaraba? ¡Ay, tú sabrás también lo impaciente que es un corazón enamorado!

Y esto ocurrió una, y otra, y otra, y otra y yo no sé cuántas noches, durante todo el mes de Enero. ¡Siempre aquel hombre silencioso, abrumado por ocultas penas, serio, melancólico, abstraído! Sus visitas á casa de María fueron cada vez menos frecuentes. Disculpó sus ausencias y su estado moral con negocios y atenciones de momento poco divertidas, pero cuya índole calló.

Y tú—me preguntarás—¿no eres mujer? ¿no te sugería la astucia medios de romper aquel enmudecimiento?

—Sí: yo procuré sentarme á su lado en las partidas de tresillo; confabulándome con él, hacer trampas por bajo de la mesa cuando jugábamos á la perejila. Cuando lo vi solo en algún rincón, fui á sentarme junto á él, diciéndole por broma que llevaba el fin de consolarle. Esto fué al principio; mas, al ver la persistencia de su silencio, perdí la confianza para gastarle bromas; me sentí poseída de timidez semejante á la suya, y se me antojó que entre ambos existía un misterio que nos ataba las manos, pero cuyo sentido los dos conocíamos perfectamente.

Entonces recurrí á otros medios. Por ejemplo: estando á su lado, se me caía el pañuelo ú otra cosa cualquiera; él estaba tan distraído, que algunas veces no se daba cuenta de que debía cogerlo, hasta que me veía inclinarme hacia el suelo. Yo tocaba al piano piezas que comprendía habían de gustarle; pero él no las escuchaba. Me ponía á jugar entre los dedos las flores más lindas que yo llevara ó tomase de algún florero en casa de María; ponderaba su aroma; hasta se le hacía gustar á él porque me las pidiera, y no me las pedía. Al bajar la escalera, cuando se acababa la tertulia, fingía tropezar en los escalones, por ver si me

daba el brazo; pero á tal extremo llegaba su distracción, que no me le ofrecía. En fin, Fernanda; yo, al elegir asiento, en la conversación, al repartir las tacitas de té, en todas las coyunturas posibles le mostré preferencia y consideración: todo fué en vano.

En mi casa, durante el día, no puedo pintarte cuáles eran mis llantos, mi desesperación, mi continuo cavilar. Sospeché cien veces que aquel hombre no me amaba, y amaba á otra; alguna desconocida, ¡Dios sabría quién!, y cien veces opuse argumentos contrarios.

Yo no sabía qué pensar. Hasta me propuse olvidarle; pero... inútilmente.

Yo procuraba, al desplegar mi táctica, que nadie lo notara más que él. Aun de María me tapaba.

VII

¡Cruelles suposiciones!

SIN embargo, una tarde, hablando con María, no sé de qué, recayó la conversación sobre Andrés. Las dos manifestamos extrañeza del cambio que se notaba en él. María se aventuró á compadecerle si, como era verosímil, provenían las melancolías del joven de alguna oculta pasión. Aquella nota de poesía hizo vibrar cuerdas íntimas de mi corazón; me sentí solicitada por imperioso deseo de mostrar mi oculto sentimiento, y al cabo, después de varias palabritas de muy buen sonido para el alma, confíe á María mi secreto y la pinté mis torturas horribles. María me escuchó con grandísimo interés, y me dijo que á su entender, aquel hombre debía amar á alguien que no conocíamos ninguna de las dos. María me hizo ver indicios claros: ¿cómo aquel hombre, antes tan franco y alegre en aquella casa, se mostraba tan ceremonioso y tan triste? Además, si tenía interés, ¿por qué iba allí con menos frecuencia?

Esto acabó de convencerme.

María me desilusionó. María veía el caso con una serenidad de que yo no podía ser dueña.

Pero ¡ay! no por esto se apagó el fuego que en mi corazón ardía; no por esto cesó mi afán; no por esto menguó el atractivo, la simpatía que me inspiraba aquel hombre. Que el incentivo de los celos, y más celos de una desconocida, que quizás me superara en hermosura, me enardecía, y me empeñaba, y me hacía desear con mayor vehemencia el amor de Andrés. ¡Qué desesperación la mía!

Sin embargo, no podía convencerme de que el objeto de su amor (porque, sin duda, amor padecía Andrés) estuviese en otra parte que en casa de María. Á fuerza de observarle, vi en él ciertas emociones, cuya causa no podía menos de estar allí, cuando de tal modo y tan bruscamente le asaltaban. Pero ¿por qué tal silencio? ¿Acaso aquel hombre, tan espontáneo y chistosamente atrevido en sus bromas y ameno discurrir de antes, era tímido como una criatura cuando se trataba del amor? Sí; así debía ser, y de ello me convencí en cierta ocasión. Figúrate, Fernanda, que mi madre pidió su pañuelo, que había dejado en el bolsillo del abrigo que dejó, al llegar, en el recibimiento. María y yo nos apresuramos á ir por el pañuelo. María se me adelantó; Andrés quiso evitarnos la molestia, y no sólo nos disputó la puerta que conducía al recibimiento, sino que salió tras de María. Yo les seguí con la vista, y vi que, en el recibimiento, aquel hombre, presa de violenta emoción, trató de decir algo á María, movió los labios y accionó de un modo extraño, pero no expresó nada. María lo miró como enojada, y vino hacia la sala con el abrigo, dejando á Andrés desairado y perplejo. ¡Ah! lo confieso, sí; en aquella ocasión cruzó por mi mente, súbita como relámpago, una sospecha horrible. Pero después pensé: «Andrés busca intérprete para declararme su amor, y ni á eso se atreve. ¡Qué tímido!»

Yo me volvía loca con todo esto. ¿Qué hacer? Está

escrito ó determinado por Dios ó por la Naturaleza que la mujer no puede decir al hombre: «Te amo.» Es el hombre quien debe pretender; la mujer, conceder. Y bien: si este dichoso hombre no pretendía, aunque se moría de deseos, no sé por qué fatal rubor, impropio en su sexo, ¿qué podía yo hacer? ¿Debía, en esta ocasión, ser el mundo al revés y ser yo quien me declarase á él?

Ya comprenderás, Fernanda, que desechaba tan absurdo procedimiento. «¡Qué lástima no tener pantalones!», pensaba; y ¡lloraba tanto!

VIII

¡Cruelles palabras!

A todo esto, el mes de Febrero espiraba.

Yo muchas veces había hablado á Andrés de sus melancolías. Él adoptaba el sistema de evadirse de la cuestión.

Una noche dió la coincidencia de que Andrés y yo quedamos solos en un extremo del gabinete contiguo á la sala, sentados en el mismo sofá.

—Usted siempre tan triste—le dije.—Y lo peor del caso es que hay otra persona tan triste como usted y por la misma causa.

—¿Cómo?—exclamó él, incorporándose bruscamente.

—Sí—repuse yo, mirándole con toda la diplomática elocuencia de que pude echar mano;—con una sola palabra suelen aclararse las situaciones más difíciles.

—¡Ah! ¿Ella le ha dicho á usted algo? ¿Usted viene á darme esperanza?—añadió dando expansión á todo el fuego que venía reprimiendo tanto tiempo hacía.—Dígame usted, sí; ¿me ama, me ama María? ¿no me desprecia, no me odia?

¿Cómo pintarte, Fernanda, lo que en mí pasó? ¡Qué

horror! ¡Qué honda herida me causó aquel hombre! Me le quedé mirando con los ojos fijos: ¡tal era mi asombro! Él no reparó en mi turbación: tal era su éxtasis, y me dijo, loco de amor:

—¡Por Dios, Manuela, dígame usted que la amo!

Estuve á punto de perder el sentido. Dudé si ponerme en pie y salir de la estancia. Nada me faltó para mostrar á aquel hombre el daño que me hacía y llamarle verdugo sin entrañas; pero mi amor propio pudo más, y refrenó mis ímpetus, y contuvo mi lengua, y me sugirió artificios para mostrarme tranquila; y, levantándome, poner término á la escena con una afirmación, indicada por un movimiento de cabeza, de que cumpliría su deseo.

¡Asómbrate, Fernanda! ¡Yo, antes de salir de casa de mi tío, aquella noche, yo le dije á María: «¡Andrés es á ti á quien ama!»

¡Ah! en su semblante leí que ya lo sabía; en su silencio, en su frialdad y en su mirar hacia el suelo, entendí que ella me había engañado cuando me dijo que Andrés amaba á una desconocida. Y adiviné más: en la complacencia de María adiviné que ¡le amaba!

Se lo pregunté, sin embargo, espontáneamente.

—Sí—me contestó;—sólo que yo quise que me lo declarase en cierta ocasión; le faltó valor, y he querido probar, desdeñándole, hasta dónde alcanzaba su afán y su pasión.

—¡Cruel!—la dije.

¡Ay! entonces, que comparé la ingenuidad con que yo le amaba á la altivez con que le amaba María, ¡cómo deploré que la fatalidad hubiese inclinado el corazón de aquel hombre hacia donde menos le amaban! Y ¡con qué odio más profundo miré á mi prima! no por verme yo despreciada de él, sino por la vil sagacidad con que me había engañado ella.

IX

La crisis

CUANDO llegué á casa me acometió un violento ataque nervioso. Los días siguientes estuve muy mala. Ignoré lo que me sucedía, pues perdí el sentido. Después supe que una congestión cerebral puso en peligro mi existencia, y en penosísima ansiedad á mis padres. Mi fatal desilusión fué el 26 de Febrero; hasta el 7 de Marzo no me levanté por primera vez. Mi convalecencia fué muy lenta y trabajosa. No sabes cuánto me atormentaron los nervios, qué melancolía me abrumaba, qué inapetencia, qué hastío, qué debilidad.

Volviendo los ojos hacia lo pasado, me taché de cándida y confiada, dándome perfecta cuenta del silencio y misteriosa perplejidad de Andrés, de la fingida indiferencia de María. Me quedó un remordimiento que no puedo menos de confesarte, Fernanda: no haber hecho comprender á Andrés la superioridad de mi amor sobre el amor de mi prima; porque, de haber sido yo más sagaz y haber poseído antes la clave de aquel enigma, quizás hubiese podido triunfar. ¿He sido tan inocente en estas ilusiones tardías como en las que mantuve antes del fatal desengaño? No lo sé.

Antes de concluir, debo referirte un caso que, no sé por qué, mi espíritu le relaciona con el mío. Ha sido un dramita acaecido en mi cuarto, y en el cual yo he sido parte activa, motora de él. Sí, Fernanda, yo soy criminal.

X

La mariposa

CONVALECIENTE me hallaba todavía cuando, revolviendo un cajón de mi cómoda, tropecé con el capullito de mariposa, que olvidado tenía, con tantos y tan graves sucesos. Púsele dentro de una cajita, según me había dicho quien me le regaló; tapé la cajita con un cristal, que al intento quité de un cuadro, asegurándole con tiritas de papel pegadas con goma, y aguardé la aparición del insecto.

Todo el mes de Abril aguardé en balde. Todas las mañanas, en cuanto me levantaba, corría á mirar por el cristal; el capullito continuaba cerrado.

Ya entonces, calmado mi sistema nervioso, un poco más fortalecida, y aun algo menos melancólica, salía á paseo y poco á poco entraba en los hábitos de mi vida ordinaria. Mi razón enjugó las lágrimas de mi pobre corazoncito, dándole esperanzas de hallar quien le comprendiese en lo venidero, y le hizo que perdonara á María y disculpase á Andrés, los cuales ya entonces estaban en relaciones. Sin embargo, tenía escondida en lo más recóndito de mi alma una esperanza gratísima. Debo confesártelo, Fernanda: yo esperaba que

Andrés, desilusionado de María, llegase al fin á quererme; porque yo, en el fondo, le quería, le quería aún. Pero era de tal naturaleza este secreto, que á mi misma no consentía en confiármele más que como fugaz probabilidad.

Uno de los primeros días de Mayo miré la cajita con sabida (hacía dos ó tres días que no lo había hecho por olvido). ¡Qué grata sorpresa! La mariposa estaba allí, pegada á una de las paredes de la caja, con las alas extendidas, quieta, simétrica, como si la hubiesen pintado. El capullo estaba en el fondo de la caja. Pero ¿cómo había podido salir un bicho tan grande de aquel capullo tan pequeño? ¡Qué cosa más rara! ¡Y qué bonita era la mariposa! Era de color pardo; las alas, con muchos dibujitos festoneados de amarillo, y guarnecidos de una especie de puntilla de picos.

X I

Mi crimen

No abrí la caja. Resolví esperar á que muriese la mariposa, para entonces atravesarla con un alfiler y ponerla luego en la pared. Pasaron ocho días, durante los cuales la mariposa varió dos ó tres veces de sitio y extendió más ó menos las alas sobre la pared de la caja.

Al entrar por la noche en mi cuarto para acostarme, así que dejaba la palmatoria sobre la mesilla de cabecera, advertí en varias ocasiones algún ruido dentro de la caja. «¡Pobre mariposita!—pensé;—ve el resplandor de la luz y quiere buscarla.»

Una noche el revoloteo azotó con bastante violencia el cristal que cubría la caja, y su eco repercutió en mi corazón, infundiéndole lástima. Por fortuna, cesó pronto.

Á la noche siguiente, el mismo ruido penoso hirió las fibras delicadas de mi sensibilidad; pero ¡ay! no cesó al poco; por el contrario, acreció de tal modo, que no pude menos de correr á mirar por el cristal. La infeliz mariposa recorría con aleteo vertiginoso su

cárcel estrecha, golpeándose rudamente contra las paredes. No veía; habíase apoderado de ella horrible desesperación; estaba, sin duda, próxima á morir, y en sus ansias postreras quería correr en pos de aquel foco luminoso, cuyo reflejo perseguía, pero cuyo fuego no podía ver. Me dió lástima, mucha lástima; pero ¡ay! lo confieso, Fernanda; la avaricia de recrearme en aquel bello animalito cuando le tuviese clavado en la pared me hizo encogerme de hombros mentalmente y separarme de la caja.

Comencé á desnudarme. Pero las sacudidas de aquel sér encarcelado aumentaron de un modo horrible. Entonces se alzó súbito del fondo de mi corazón un instinto bueno, que afeó mi crueldad y egoísmo vergonzoso, y me dijo que acudiese á salvar aquella existencia, pues aún podía llegar á tiempo. Sí; contribuir á la dicha de aquel animalito se me ofreció como un ideal bellissimo. Cogí la caja y vi que la mariposa, ya fatigada, cedía algunas veces de su empeño, arrojándose al fondo; hasta que, recobrada, agitábase con nuevo brío, aporreándose tan despiadadamente, que destrozaba sus alas contra el cristal y las paredes de la caja, á cuyo fondo caían los trocitos desprendidos. ¡Qué horror me causó aquella bárbara mutilación, de que yo tenía la culpa! Busqué, trémula, una navajita; febril desgarré como pude las tiritas de papel que cerraban imperfectamente las junturas del cristal y la caja; levanté al fin el cristal. La mariposa estaba postrada en el fondo, sin mover las alas, informes á causa de su destrozo. ¡Era tarde, y yo tenía la culpa! Abrí el balcón y aproximé á él la caja abierta. No se movió la mariposa. ¡Yo había dado muerte á aquel animalito! ¡Qué remordimiento tuve, qué pena! No sé si por el estado de mi espíritu, no sé por qué, te aseguro, Fernanda, que me impresionó seriamente este suceso. Luego encontré una secreta relación entre la suerte

de aquel sér infortunado y la mía... Me llamé cruel y egoísta. Me aborrecí.

Puse de nuevo la caja sobre la cómoda, y volví á cubrirla con el cristal.

Luego me acosté muy triste.